



**Simposio Internacional “Rusia en el siglo XXI”
Serguei Lavrov, Ministro de Asuntos Exteriores de Rusia**

Moscú, 20 de junio de 2008

Estimados colegas, amigos.

Señoras y Señores,

Es difícil hallar en las relaciones internacionales actuales un tema más fundamental que la definición de la etapa actual de la evolución mundial. Ello es importante para cualquier país a fin de comparar la estrategia de su evolución y su política exterior con la visión del mundo en que vivimos. Parece que a este respecto ya se está formando el consenso, aunque de momento al nivel de la comunidad de expertos, tanto la rusa como la internacional. En gran parte ello se debe a los debates en que insistía Rusia. Más aún, el esbozo de tal consentimiento reproduce en gran medida el análisis que hemos presentado como la posición de partida para las discusiones expuesta en el discurso de Vladimir Putin en Múnich en febrero de 2007.

Ya es evidente que sin comprender los “temas grandes” de la evolución mundial y sin hallar una comprensión común de la comunidad internacional es imposible solucionar los problemas particulares de la política mundial.

Trataré de trazar algunos de esos problemas que tienen una relación directa con la estructuración de la estrategia de la política exterior rusa.

* * *

Ya no cabe duda de que una vez terminada la “guerra fría” finalizó una etapa más prolongada de la evolución mundial (400-500 años) durante la cual prevalecía en el mundo la civilización europea. El Occidente histórico se promovía consecuentemente a primer plano basándose en esta predominación.

En lo que respecta al contenido de la nueva etapa en la evolución de la Humanidad, se registran dos enfoques de principio. El primero: el mundo, a través de la aceptación paulatina de los valores occidentales, deberá convertirse en Gran Occidente. Es una especie de la variante de “fin de la Historia”. Otro enfoque –lo promovemos nosotros– consiste en que la competencia pasa a ser verdaderamente global adquiriendo una dimensión civilizacional, es decir las orientaciones axiológicas y los modelos del desarrollo, entre otras cosas, pasan a ser objeto de la competencia.

A veces a la etapa nueva la definen como “postamericana”. Por supuesto, no es un mundo “después de los EE.UU.”, tanto menos un mundo “sin los EE.UU.”. Es un mundo en que debido al auge de otros centros globales de fuerza e influencia va reduciendo la importancia relativa del papel de EE.UU., tal como ya ha tenido lugar a lo largo de las últimas décadas en la economía y comercio globales. El liderazgo es otra cosa, es, ante todo, el tema del consenso de los socios y de la capacidad de ser primeros pero entre los iguales.

Para definir el contenido del orden mundial en formación se promueven asimismo términos, tales como “multipolar”, “policéntrico” y “sin polos”. En particular, a favor de la última definición se pronuncia Richard

Haass. No podemos dejar de convenir con él en que la fuerza y la influencia se están haciendo más descentralizadas.

Incluso el ex jefe del Servicio de Planificación de la Política Exterior del Departamento de Estado de los EE.UU. reconoce que para garantizar el control de la evolución mundial en las nuevas circunstancias se requiere un núcleo de los Estados más desarrollados. O sea, en todo caso se trata de la necesidad de un liderazgo colectivo, a favor de lo cual se pronuncia consecuentemente Rusia. Claro que la diversidad del mundo exige que tal liderazgo colectivo sea verdaderamente representativo en los sentidos geográfico y civilizacional.

No compartimos los temores de que la reconfiguración que se verifica en el mundo conduce inevitablemente al “caos y anarquía”. Presenciamos un proceso natural de la formación de una nueva arquitectura internacional, tanto la política como la financiero-económica, que responda a las nuevas realidades.

Una de éstas es el regreso de Rusia a la política, economía y finanzas globales en calidad de “jugador” activo y pletórico. Ello asimismo a nuestro lugar en el mercado mundial de combustibles cereales, a nuestras posiciones de líder en la energía nuclear y el espacio extraterrestre, a nuestras posibilidades en el tránsito terrestre, aéreo y marítimo y al papel del rublo como una de las monedas mundiales más fiables.

Lamentablemente, la experiencia de la “guerra fría” tergiversó la conciencia de varias generaciones, sobre todo de las élites políticas, en el sentido de que toda política mundial debe estar ideologizada. Y ahora, cuando Rusia se guía en los asuntos mundiales por intereses pragmáticos comprensibles privados de motivos ideológicos, no todos son capaces de percibirlo adecuadamente. Se nos atribuye ciertas “ofensas”, “agendas ocultas”, “aspiraciones neoimperialistas” y algo más. Esta situación difícilmente cambie rápidamente puesto que se trata de los factores de carácter psicológico: al fin y al cabo por lo menos dos generaciones de las élites políticas se educaban dentro de un sistema de coordenadas ideológico determinado, y a veces simplemente no son capaces de pensar con categorías que rebasan su marco. Se dan a conocer asimismo los intereses codiciosos concretos y comprensibles ligados con los privilegios que concede a algunos países, por ejemplo, la actual arquitectura económico-financiera global.

* * *

Rusia esta apegada a la civilización europea que posee raíces cristianas comunes. La experiencia de esa región ofrece materiales con los que es posible simular los procesos globales venideros. Por ejemplo, el análisis más superficial permite deducir que la superación de la “guerra fría” no resolvió el problema de las vías de la evolución social. Mas bien, habiendo eliminado los enfoques extremos, permitió iniciar la solución sobre una base más realista, sobre todo si tenemos en cuenta que las razones ideológicas siempre alteraban la acción de las fuerzas de mercado, al igual que la representación de la democracia.

El modelo anglo-sajón rígido del desarrollo social y económico, al igual que en los años 20 del siglo XX, comienza de nuevo a fallar. Esta vez se da a conocer la separación del sistema financiero norteamericano del sector económico real. Del otro lado, existe el modelo europeo socialmente orientado que paso a ser producto de la evolución de la sociedad europea a lo largo de casi todo el siglo XX, incluida la tragedia de las dos guerras mundiales, la “guerra fría” y la experiencia de la Unión Soviética. La Unión Soviética desempeñaba en este proceso un papel bastante importante: no solo representando la “amenaza soviética” que consolidaba Occidente, sino que siendo estímulo para la “socialización” del desarrollo económico de la parte occidental de Europa.

Por tanto, proclamando el fin de crear la economía socialmente orientada la Rusia nueva recurre a nuestra herencia europea común. En ello consiste otra prueba de la compatibilidad de Rusia con el resto de Europa.

El fin de la “guerra fría” coincidió con las tentativas de unificar la evolución del Continente según el modelo anglo-sajón. Sin embargo, se da la impresión de que Europa difícilmente se despida de su modelo del desarrollo que responde a su visión mundial y tiene una base económico-financiera más sólida. Son posibles y, por lo visto, inevitables los “rebalanceos” a ambos lados del Atlántico. Se evoca el “*New Deal*” de Franklin D. Roosevelt que marcó el momento de convergencia en la evolución de EE.UU.

Es probable que una de las tendencias determinantes de la evolución mundial en el periodo previsible sea una especie de la síntesis de los diversos modelos, justamente como un proceso y no un resultado. Por consiguiente, persistirá la diversidad de regímenes de vida del mundo actual que refleja una característica más funcional: la diversidad de culturas y civilizaciones. También podemos suponer que las “reglas del juego” globales en estas circunstancias, para ser eficaces, deben estar liberadas de la “carga ideológica”.

Otro enfoque, unificado, conduciría al intervencionismo, estrategia que difícilmente puede ser realista ya que solo es posible garantizar su eficacia únicamente en las circunstancias del tránsito a una estructuración imperialista global. Tal movimiento implicaría un crecimiento de la tirantez en la política global y regional y agravaría la falta de solución de los problemas globales y regionales. Lo indica la agravación actual de la crisis global de alimentos.

Todo ello atestigua, por cierto, a favor del pluralismo en lo que se refiere a muchos parámetros del desarrollo social en cuanto un método sin alternativa y, lo fundamental, sin confrontaciones de la existencia de la comunidad internacional en la fase actual.

Sean las que sean las circunstancias concretas de lo que llaman “revalorización” de los recursos naturales, esta tendencia crea condiciones para avanzar hacia una igualación de los niveles de desarrollo en el mundo actual. La tarea consiste en crear modalidades y mecanismos del uso eficaz de los recursos financieros globales redistribuidos a fin de un desarrollo común. Por ejemplo, los fondos soberanos del bienestar ya participan en la refinanciación del sistema bancario de EE.UU.

* * *

Los expertos internacionales, incluidos los estadounidenses, hablan a favor de tal análisis cuando escriben del “mundo puesto de pies a cabeza”, y critican la política del “dólar débil”, etc. Es significativo el análisis de Henry Kissinger (*International Herald Tribune*, 30 de mayo) quien escribe que el FMI es un “anacronismo” en su aspecto actual e incluso habla de la necesidad de un componente moral de las actividades económicas y financieras.

No podemos dejar de aceptar la tesis de Henry Kissinger de que se había formado una desproporción entre los órdenes económicos y políticos globales. Y en este sentido se tendrá que aclarar varias cosas. Primero, no existe alternativa razonable para la arquitectura política global basada en la ONU y la supremacía del Derecho Internacional. No olvidemos que la ONU se creaba teniendo en cuenta el sistema internacional multipolar antes del inicio de la “guerra fría”. O sea su potencial puede revelarse plenamente solo en la actualidad.

Segundo, Occidente creó la arquitectura económica y financiera global para sus propios fines. Y ahora, cuando se registra la desproporción reconocida por todos de la fuerza económica y financiera y la influencia a favor de las economías nuevas y de rápido crecimiento, tales como China, India, Rusia y Brasil, se hace evidente la inadecuación de ese sistema a las realidades nuevas. En rigor, se requiere una base económica que corresponda al carácter policéntrico del mundo actual. De lo contrario es imposible restablecer la dirigibilidad de la evolución mundial.

El Presidente Dmitri Medvedev habló de ello detalladamente en Berlín y en la Cumbre Económica en San Petersburgo. La reforma de las instituciones internacionales será uno de los temas en la Cumbre venidera del Grupo-8 en la isla de Hokkaido. Así que el carácter candente del tema no suscita dudas ni en nuestros socios del G-8. Rusia está dispuesta a participar colectivamente en este trabajo.

* * *

Creo que en cuanto se comprenda esos problemas grandes será más fácil resolver los demás, incluido el conjunto de problemas de las relaciones en la región Euroatlántica.

Fiodor Tiutchev escribió en sus tiempos que “Rusia, por el propio hecho de su existencia, niega el futuro de Occidente”. Tan solo en común podemos desmentir a Fiodor Tiutchev: edificando un futuro común para toda la Región Euroatlántica y el mundo entero, en que la seguridad y prosperidad serán verdaderamente indivisibles.

Lo nuevo siempre espanta. Al mismo tiempo es inevitable. Y existe tan solo una respuesta razonable a este reto: aceptar esta realidad. Cuando nos espantan con la amenaza de “falta de dirección” en el mundo actual (lo que es al estilo ruso, pero, por regla general, proviene desde fuera), olvidan que todo sistema puede ser autorregulable. Para ello se requieren instituciones eficaces y adecuadas. Se tendrá que crearlas.

Quisiera decir con precisión: Rusia, como ningún otro país, entiende lo dolorosos que son los cambios que se están verificando. Nadie podrá evitarlos. Más aún, tal y como demuestra la experiencia, la adaptación al nivel de la política exterior sólo puede resultar de los cambios serios dentro de los Estados. Por lo tanto, las expectativas de Rusia son bien realistas en lo que concierne a la hora de los cambios en la filosofía de la política exterior de sus socios internacionales.

En las circunstancias actuales difícilmente conviene usar las categorías de “desafío” que unos Estados lanzan a otros. Ello sólo engendra la concentración de la estrategia de la política exterior en los peligros virtuales. La interdependencia condicionada por la globalización no deja prácticamente a nadie los estímulos para “lanzar un reto”. Y Rusia no lo quiere hacer: tenemos mucho por hacer, comprendemos muy bien nuestros problemas así como los intereses de nuestros socios. Otra cosa es peligrosa, a saber: la falta de la cooperación y el alejamiento de los problemas del socio, es decir todo lo que imposibilita acciones colectivas para solucionar los problemas comunes.

Cada país y cada pueblo tenían en su historia muchas catástrofes y tragedias nacionales. Cuanto más larga es la historia, tantos más aspectos positivos y negativos tiene. Estoy completamente de acuerdo con V.L. Inozemtsev (en el artículo “Mundo postamericano”: sueño de los diletantes y la complicada realidad” en la revista MEiMO, marzo de 2008) en que “La Unión Soviética y los Estados Unidos, incluso oponiéndose uno a otro, eran muy parecidos”. Nuestras acciones que se emprendían para afirmar los ideales opuestos con frecuencia se parecían bastante en cuanto a los medios que se empleaban y a las secuelas prácticas.

Entre Rusia y los EE.UU. siempre existía la interdependencia. Ya Alexis Toqueville predijo un futuro común para nuestros países. Esta interrelación se realizaba asimismo en que tras el año 1917 EE.UU., poco a poco e incluso sin quererlo mucho, sustituyó a Rusia en el balance europeo. Otra cosa es que ahora Europa ya no necesita contrapesos exteriores, sea Rusia o EE.UU. Lo entendemos perfectamente: por tanto nos pronunciamos por relaciones equitativas en el formato triple entre Rusia, la Unión Europea y EE.UU.

En el siglo XX esta interrelación se comprobaba por episodios de convergencia que no se limitaban por el *New Deal* de Franklin Roosevelt ni por las relaciones de aliados en el marco de la Coalición Antihitleriana. Por ejemplo, podemos tratar la elección de John Kennedy Presidente de los EE.UU., entre otras cosas, como una reacción de Norteamérica al auge de la Unión Soviética, además, no solo un auge tecnológico y técnico-militar sino también el intelectual, al nivel de una visión mundial nueva relacionada con el Descongelado y la finalización de la reconstrucción de posguerra. John Kennedy intentó rebasar la lógica de la militarización del pensamiento en la política exterior de la cual prevenía su antecesor. Lamentablemente, mas tarde el péndulo de la filosofía de la política exterior se traslado hacia la política basada en los instintos y prejuicios ideológicos. Actualmente todos preguntan cuando el péndulo se trasladara al lado opuesto: de ello dependerá con qué América tratará el mundo.

Las relaciones ruso-estadounidenses ganarían bastante si se estableciera la atmosfera de la confianza y respeto mutuos que es típica para los Presidentes de ambos países durante los últimos ocho años, pero no siempre se manifestaba en los niveles inferiores. Es paradójico pero había más confianza y respeto mutuos en el periodo de la “guerra fría”. Quizás, porque sermoneaba menos sobre cómo se debe portar. Hubo la comprensión de la necesidad y el deseo de dedicarse e los problemas verdaderamente importantes para nuestros países y el mundo entero.

Entendemos que EE.UU. afronta problemas nada fáciles. Vemos que comienza a prevalecer la comprensión de que son problemas, ante todo, de EE.UU., incluida su capacidad de reconocer el mundo tal como es (tal y como lo aconseja Farid Zakharia en su reciente libre “El mundo postamericano” y en el artículo en *Foreign Affairs*), es decir teniendo en cuenta la “diversidad de voces y opiniones”. La rigidez intelectual solo retendrá la capacidad propia de EE.UU. de adaptarse a la realidad cambiante. La historia “sucede” (palabra de Farid Zakharia) con todos los países y pueblos, y lo podemos decir de Rusia en una medida mayor que de cualquier otro país. Pero ello enseña la tolerancia sin la cual no sobreviven ni los imperios ni las relaciones normales equitativas entre los Estados.

Suscita satisfacción que en el transcurso de la actual campaña electoral en EE.UU. crecen las voces a favor del mantenimiento y desarrollo del proceso de desarme y el control de los armamentos. Semejante cooperación bastaría para garantizar la estabilidad de nuestras relaciones bilaterales, mientras no surja la disposición para modernizarla sustancialmente conforme a las exigencias de la época.

* * *

Se plantea de una manera nueva el tema de los destinos la variada civilización europea. Al nivel político se requiere una interacción equitativa de sus tres componentes independientes pero parientes. El paradigma de confrontación dentro de las relaciones europeas del periodo de la “guerra fría” va sustituyéndose por el de la cooperación. Y esto significa la tolerancia con respecto a la disidencia y el pluralismo de las opiniones y posiciones. La democracia siempre es histórica y nacional por su naturaleza.

Las propuestas del Presidente Dmitri Medvedev promovidas en Berlín se basan en un análisis sensato de la situación. La arquitectura europea formada en el periodo de la “guerra fría” no permite superar el dinamismo negativo debido a los enfoques de inercia del pasado y las contradicciones que se acumulan en los asuntos europeos. Solo nos queda una cosa: mirar más allá de lo que tenemos, es decir intentar crear algo que unifique la región Euroatlántica al nivel de los principios por los que debemos guiarnos en nuestras relaciones. Más tarde se podrá avanzar. Pero sin esta claridad será difícil crear la masa crítica de la confianza que es necesaria para estructurar relaciones positivas y orientadas al futuro en nuestra región. Testimonia la importancia de los principios la circunstancia de que a lo largo de varios años, en las reuniones ministeriales anuales de la OSCE no podemos llegar al consenso respecto a reafirmación por todos del apego a los principios del Acta Final de Helsinki. ¿Qué testimonio más se requiere para demostrar la indisposición de toda la política Euroatlántica?

Necesitamos un proceso positivo, incluyendo la convocatoria de una Cumbre Paneuropea para llenar el vacío político que se está formando en la región y formar una agenda positiva que nos falta tanto en la actualidad. Con el correr del tiempo podríamos determinar los elementos prometedores de la arquitectura europea y las cosas que nos molestan. ¿Por qué no debemos asegurarnos, si muchas cosas todavía no están claras? No sería un medio de presión sobre las estructuras y organismos existentes. Se trataría de crear una nueva atmosfera de la confianza en nuestra región que ayude a determinar de una manera nueva, entre otras cosas, la necesidad del control de los armamentos. Vamos a desarrollar este proceso no sobre la base de bloques sino sobre la base moderna universal. De lo contrario la herencia de la época pasada solo creara una sensación de la posibilidad de una guerra en Europa.

Todos nosotros debemos pensar y reflexionar: en esto queda el sentido de la pausa que proponemos. Pero ello significa que hay dejar todos los proyectos allí donde se encuentran ahora, sea la proclamación unilateral de la independencia de Kosovo, la realización de los planes del emplazamiento de elementos de la DAM global de EE.UU. en Europa Oriental o la ampliación de la OTAN al Este. Ya que toda tentativa de finalizar por todos los medios la realización para una fecha concreta de lo que suscita un rechazo enérgico de parte de los socios y amenaza con derrumbar las relaciones formadas, implicará una reacción. Hay que cortar el círculo vicioso.

¿Cuál es la alternativa? ¿La sucesiva acumulación de la “electricidad” en la atmosfera de las relaciones euroatlánticas? ¿Debemos seguir con la confrontación? ¿Será bueno para todos nosotros si observamos, por ejemplo, cómo la Unión Europea demuestra su postmodernismo y la OTAN su capacidad en Afganistán? Tampoco quisiéramos que nuestros socios no participen en la realización del proyecto de la modernización de Rusia.

Finalmente todos nosotros debemos superar nuestras ambiciones, dejar de hablar del derecho de veto al margen del CS de la ONU y de las “esferas de influencia”, etc. Bien podemos actuar sin ello, ya que existen cosas más necesarias, donde los intereses comunes no suscitan dudas. Es preciso incrementar la confianza trabajando en común en los temas realmente significativos de orden estratégico. Entonces veremos muchas cosas de una manera distinta. Que la propia vida ponga todo en orden. Lo que depende de nosotros y requiere decisiones políticas consiste en detener el deslizamiento al pasado, al absurdo del que nos dará vergüenza. Tampoco nos perdonará la historia. Acaso, ¿no es de interés común una Europa “coherente” cuyas partes estén unificadas por relaciones “que funcionan” (del artículo de Condoleezza Rice en *Foreign Affairs*)?

* * *

Todos tienen problemas suyos y todos tienen qué hacer. El electorado estadounidense tendrá que optar. La Unión Europea se encuentra en el proceso de adaptación. En los países de la UE van madurando los procesos de la autodeterminación étnica y religiosa, además, al nivel de las comunidades tanto de la población nativa como de los recientes inmigrantes. Las regiones “ricas” pretenden una existencia independiente para no pagar por el desarrollo de las regiones “pobres” en el marco de un solo Estado. Es una prueba seria del apego de la UE a las ideas de la tolerancia y solidaridad.

Podemos entender psicológicamente a quienes quieren dejar todo tal como está para morir en aquella Europa y aquella América en que nacieron. Pero los cambios rápidos no permiten este lujo. Suponen, entre otras cosas, una compatibilidad civilizacional, la tolerancia de hecho y no de palabra. Y será difícil lograrlo cuando el secularismo belicoso actúa desde las posiciones que difieren poco de la religión de Estado.

No es menos importante el hecho de que haya llegado la hora de solucionar los problemas globales que no se tocaban durante la “guerra fría”. En aquel entonces hubo otras prioridades, las ideológicas. Si no ahora, ¿cuándo debemos combatir la pobreza global, el hambre y las enfermedades? De momento la comunidad internacional no logra un progreso sustancial.

No vemos nada en nuestro enfoque que contradiga el principio de la racionalidad propia de la visión mundial de los europeos. Actuar de otro modo significa acumular los problemas y convertir el futuro de Europa y de toda la región Euroatlántica en rehén de las decisiones tomadas apresuradamente. Ello significaría perder el tiempo e implicaría muchas oportunidades perdidas para las acciones conjuntas. No apresuramos a nadie y sólo llamamos a pensar en común en lo que nos espera. Pero el avance hacia un futuro nuevo requiere enfoques de innovación. El futuro nos pertenece a nosotros.

Nota del Editor: Rusia, recuperada de su quiebra consecuencia de la derrota en la Guerra Fría (pérdida de territorio con la desmembración de la URSS, casi desaparición de su círculo de influencia con la ampliación de las Organizaciones occidentales, reducción de su PIB y población), vuelve a ser un actor mayor en la esfera internacional, especialmente como suministrador de recursos energéticos y armamento -sistemas y materiales- (sectores reestructurados y modernizados por el Gobierno Putin).

Las relaciones, por tanto, con Rusia son estratégicas para la construcción europea y para el sistema de seguridad del continente. Sin embargo, la creación de los denominados 4 espacios entre la UE y Rusia no ha avanzado al ritmo deseado.

Pese a una creciente cooperación política, económica y en los asuntos de seguridad, numerosas cuestiones siguen siendo objeto de análisis diferente entre los actores de la seguridad europea, Rusia, UE y Estados Unidos: influencia territorial (Balcanes, Cáucaso, Ucrania, países Bálticos, Kaliningrado, Transnistria), militar (defensa antimisiles USA en Chequia y Polonia, posible futura ampliación de la OTAN a Ucrania y Georgia conforme a las decisiones de la Cumbre de Bucarest, maniobras militares recientes incluidas, retirada de las tropas rusas –Georgia, Transnistria e incluso la flota del Mar Negro de Ucrania-), relaciones con China, competición en la venta de armamento a terceros países (Oriente Medio, América Latina y con el caso de India como referente al haber comenzado a ser cliente USA tras el acuerdo alcanzado en el campo nuclear), desarme (ratificación del Tratado de Fuerzas Convencionales en Europa modificado para incluir a las Repúblicas Bálticas, impulso a los trabajos de la Conferencia de Desarme, con especial acento en el Tratado de prohibición de armas en el espacio exterior –PAROS-), política energética, integración rusa en la OMC, explotación de los recursos del Ártico, tratamiento de las crisis con Irán y Corea del Norte, etc.

Dado que las posiciones americana y europea (si es que puede hablarse de una posición europea única) son progresivamente divergentes como consecuencia tanto de la unilateralidad americana que deriva de la falta de un rival semejante (y por ello de la necesidad de aliados) como de la ampliación y perfeccionamiento de la integración europea que hace a los europeos (cuando actúan como UE) también más autónomos, Rusia aspira a ser el pivote decisivo colaborando con ambos. Como se dice en el artículo, de manera “pragmática”: venta de titanio por VSMPO-AVISMA tanto a Boeing como a EADS, colaboración espacial poniendo a disposición de europeos y americanos sus cosmódromos y lanzadores (Soyuz y Proton), compra de aviones comerciales Boeing y Airbus por Aeroflot... Todo ello en los periodos de supuesta máxima tensión entre estas partes por los asuntos arriba citados. El acuerdo 123 USA-Rusia, que puede otorgar a ésta una importante parte del mercado nuclear civil estadounidense (y que parece servirá para que no realice nuevas ventas de armamento sofisticado a Irán ni prosiga su colaboración en su programa nuclear) y la participación de empresas europeas en el sector de la defensa rusa (EADS, Thales, Finmeccanica) son los ejemplos más recientes de esta relación pragmática, dual.

En el nuevo orden europeo y mundial en construcción Rusia ha vuelto, y jugará un papel cada vez más importante. La UE y Rusia deben alcanzar esa relación estratégica propuesta que será mutuamente muy beneficiosa, aumentando la autonomía y peso geopolítico de ambos como actores en la escena internacional.